

Una escena pintada por Eugène Delacroix

El duque de Orleans miró fijamente y con picardía a los ojos ya ajados, grises y vidriosos de su fiel chambelán. Al tiempo levantó con tal fuerza el pesado candelabro, que en su ímpetu derramó sobre la mesa un goteo de cera, cuajándose al instante sobre los documentos esparcidos en los que ambos acababan de trabajar. Entreabrió una puerta disimulada tras el escritorio, oculta entre los lóbregos y prietos estantes de la biblioteca, e iluminando el sombrío pasadizo abierto ante él, le dio una orden tajante.

- Ven tras de mí, ¡sígueme!, te voy a mostrar a mi amante. Podrás verla tal como la he dejado hace apenas media hora para asistir a nuestra cita de despacho.

La sorpresa dominó el rostro del asistente que sentía flaquear las piernas al escuchar esas palabras de su duque, el señor de Orleans.

- Haré lo que me pidáis, mi señor -respondió el chambelán dócil y atónito por la orden.

- Mas... debes prometerme algo, mi vasallo y amigo -advirtió el duque-. No podrás hablar durante el encuentro y ¡nunca!, ¿me has oído?, ¡nunca se lo contarás a nadie!, incluso lo ocultarás a tu propia esposa Marietta. ¡Júralo!, es muy importante.

Reimant, estimado chambelán del gran duque, con la sonrisa de deseo le devolvió una mirada bizca desde sus ojos más vivos y algo menos grises que de costumbre.

- De mi boca jamás saldrá ni tan siquiera una insinuación de esta visita, ni de lo que en ella suceda. ¡Lo juro por mi honor de caballero!

Un sudor resbalaba sobre el rostro del asistente al avanzar a lo largo del atajo clandestino e ignorado, hasta entonces, a su saber. Unía los aposentos privados del duque y señor del palacio, con los del último y más recóndito despacho ducal. Andaba agitado y nervioso, confundido y con ansiedad por lo que se le iba a mostrar. Abstraído, no era capaz de sentir el frío ni la humedad del lugar. Ante él, el balanceo de las luces proyectaba una sombra traqueteada del cuerpo del duque de Orleans. Detenido en su recorrido, la luz del candelabro iluminó tintineante una pintura, decoración situada en un entrante donde se ensanchaba el pasadizo. Era

una escena pintada por Eugéne Delacroix; en ella se mostraba a un sultán en su lecho, rodeado por sus esclavas semidesnudas contoneándose ante él. Noble y servidor contemplaron la escena reviviendo todo su erotismo bajo el albor vacilante de las ceras encendidas.

- Observa la pintura atentamente, chambelán. Como a estas mujeres verás a la amante de tu señor. Está advertida de tu visita junto a la mía -y el duque añadió con un tono más confidente-, ahora nos espera agitada de deseo. Contemplantas cada rincón de su cuerpo menos el rostro; éste permanecerá siempre cubierto ante tu mirada.

Pero algo más se ocultaba en el extraño encuentro. La amante secreta no era otra que la propia esposa de Reimant el chambelán, la joven y bella Marietta. Ella tampoco estaba advertida por el duque que esa desconocida compañía sería la de su consorte.

Desde el final del corredor, y tras una puerta entreabierta, llegaba una luz cálida y rojiza de hogar bien fraguado. Dejaba entrever la estancia secreta repleta de sensualidad y misterio.

- Ante este umbral, y antes de traspasarlo -reveló el duque a Reimant-, sabrás para lo que te requiero en éstos, mis aposentos privados.

Sin pronunciar palabra, el boquiabierto chambelán esperó a que se le informara sobre cuál era su misión, la más sorprende de todas las realizadas en sus veinte años de servicio al señor del ducado de Orleáns.

- No harás otra cosa que ejercer el primer oficio por el que entraste a mi asistencia, el de barbero -el duque hablaba escrutando la reacción de su servidor-; ahora puede parecer indigno a la consideración hacia ti y a toda tu valía, pero la confianza que me ofreces permitirá cumplir un deseo pedido por mi amante: dejar su cuerpo limpio como el de una niña, libre de cualquier vello. Es un anhelo del cuál yo también antojo.

El chambelán asintió con la cabeza y atendió a la última advertencia del duque.

- Espero que no te tiemble la mano, ¡va tu vida en ello! Una ligereza en este quehacer será la quiebra de mi amante y tu propia perdición. Al contrario, tu éxito estará por mi ampliamente recompensado.

Cuando en sigilo y de puntillas hubieron entrado en la estancia, el silencio cubrió toda la escena acompañado únicamente por el crujir de los leños ardientes y

las respiraciones profundas y sofocadas de los personajes. Retirada en un rincón del apartado, frente a la luz y el calor del fuego, el cuerpo desnudo de la mujer se ofrecía recostado sobre un diván. Y aunque cubierto su rostro por una sábana, oculto su mirar, la mujer había sentido la entrada de los dos, su amante y el desconocido por él prometido para desnudarla en toda su intimidad. El alborozo de ser contemplada así por los dos hombres, para ella fue un cosquilleo oculto en toda la agitación febril de la sangre que se filtraba a través de sus poros a todos los sentidos.

El marido no reconocía el cuerpo de su propia esposa, como ella no sentía al extraño que la observaba como el que noche tras noche cohabitaba en el mismo lecho. La mirada del duque deslizado tras la mujer, hacia el rincón, volaba del rostro perplejo de su chambelán a los gestos de placer de la amante. Junto a ella podía oír el galope de su corazón provocado por sentirse inspeccionada por ambos. Se abandonó al placer que se le ofrecía en un delirio, agitando la respiración de su pecho, como corchos flotando en el ascenso y descenso de las olas.

Reimant acercó aún más el candelabro pudiendo disfrutar de ese palpitar tembloroso de la mujer y de su respiración tras la sábana que ahora ocultaba tanto la mirada de ella, como la de su amante. Depositados sobre la poyata del hogar, eligió uno de los afeites templados por el fuego; desprendía un olor a magnolia, aroma siempre excitante para sus sentidos. Tan cerca se acomodó que el roce de su brazo erizó la piel desnuda de Marietta, y al verter Reimant unas gotas templadas de la mixtura sobre su pelo íntimo, pudo aspirar las esencias de su sexo reunidas con los olores del ungüento. Con suma suavidad comenzó a tocar la suave piel para extender con sus dedos el afeite perfumado. Su cuerpo se estremeció plegándose el sexo como una flor. La flor, a cada masaje fue abriéndose para ofrecer todos sus pliegues al agrado de la caricia.

Al otro lado, tras la sábana, los alientos de los amantes se fueron acercando hasta respirar el mismo soplo de deseo. Ella sentía el paraíso en su cuerpo recorrido libremente, él de repente la besó absorbiendo toda su pasión, bebiendo ese placer de dejarse tomar sin impedimento por dos hombres, ambos se deleitaban en un silencio encantado y cómplice, con Reimant ejecutando con sosiego su trabajo. Los tres probaron de un goce hasta entonces desconocido para ellos.

Venida de otro aposento contiguo, una música de laúd, tamizada por la solidez de la puerta, irrumpió en la escena. Encubrió el jadeo femenil apenas disimulado cuando sentía un escalofrío de placer en un cuerpo ya no suyo, tornado por su amante y el desconocido, abandonado sin ninguna limitación a los besos apasionados del duque y al tacto de su sexo a cada instante más desnudo y ardoroso. Concluida la labor de navaja, el chambelán-barbero lavó con delicadeza y agua tibia a la mujer, secando con suavidad el agua que escurría entre sus piernas. Tomó otro afeitado perfumado con rosas y jazmín y comenzó a verterle sobre la piel enrojecida por fuera y apasionada por dentro. Lentamente suavizó todos los pliegues extendiéndolo hasta sobrepasar los límites visibles de su cuerpo. Desde su boca, húmeda por los apasionados besos del amante, salían exclamaciones de satisfacción y complacencia que llegaban al otro lado de la sábana armonizadas con las notas pasionales del laúd. Ellos, también entregados, sentían del mismo modo un goce intenso al comprobar cómo ese cuerpo se ofrecía libre al placer, desatado de todo pudor, estremecido a cada movimiento de los dedos de uno y de los labios del otro.

Fue al sentir el aliento cálido de ambos sobre la boca y el sexo, rozando todos sus labios, cuando Marietta llegó a alcanzar el último placer de su cuerpo joven. Se desmoronó sobre el lecho, abatidos los músculos por un éxtasis distinto, voluptuoso y dulce, impúdico e inocente a la vez, de amante audaz y de esposa sumisa. Pero esta vez, al contrario de la regla, había sido obediente a su querido y llegó a ser atrevida con su esposo oculto. Así terminó la tarde de la amante del duque de Orleans y esposa de su fiel chambelán. La tarde de un día en el que ella cumplía veintidós años, y el regalo de cumpleaños pedido a su querido, era el que acababa de recibir.

Salía de la estancia el obediente ayudante ducal, rehaciendo el camino de la entrada, cuando apartando el candelabro volvió su mirada hacia la puerta entreabierta. Siguió sin distinguir el rostro de Marietta, pero observó la pasión encendida que la escena vivida en primera persona había provocado en el duque. Al llegar a la cavidad donde a la ida se le mostró la pintura de Delacroix, pudo examinar otra del mismo pintor; en ella se reproducía la escena que acababa de ocurrir. Se reconoció a sí mismo y al duque, aunque no llegó a advertir el parecido de la mujer con el rostro de su esposa Marietta: tanto deseo había llegado a tener el

duque de Orleans de mostrar su amante al propio marido, su chambelán de palacio, que antes de suceder encargó al artista reflejarlo en una pintura.

A la noche, el esposo esperaba ardiente de pasión a su mujer. No tardó. A su llegada, los dos se abrazaron, se cubrieron de besos desnudándose con avidez, despojando cada uno las ropas el otro con la ansiedad de la primera vez. Él alargó sus dedos hacia el sexo de ella, lo acarició limpio de todo vello. No le sorprendió encontrarle suave y perfumado, ¡había hecho un gran trabajo! En brazos la subió hasta el lecho. Sobre la mesilla de noche, estaba aún la carta que antes de ir a palacio había dejado escrita para su esposa en el día de su veintidós cumpleaños; ése era también su regalo. Así decía la carta:

"Esta tarde, hacia las cinco, llegaré a palacio a despachar con el duque. Antes, le habrás demandado como regalo el deseo de satisfacer su pretensión de contemplarte desnuda en lo más íntimo, como tenías el sexo cuando niña. Asimismo, le rogarás que sea este mismo día, el de tu veintidós cumpleaños. Yo acudiré a complacerle en su pretensión, sin saber él que ese regalo es, además de suyo, el de tu esposo".

Esa noche hicieron el amor apasionadamente, como amantes ávidos de caprichos, locos de lujuria. Entre ambos sólo intercambiaron palabras de amor y de deseo. Jamás salió de sus bocas una sola mención a lo sucedido durante la tarde; además, nunca el fiel chambelán rompió la promesa jurada a su duque por honor de caballero, la de no contar a nadie lo acaecido en sus aposentos privados, y... ¡mucho menos a su esposa Marietta!

PRIMAVERA

Es mayo y en lugar de flores tenemos bombas. Desde hace semanas, la alarma suena cada noche, siempre a la misma hora. Chirriante, odiosa. Una cantinela de desasosiego convocándonos a todos en el sótano, dispuestos a soportarnos una noche más. Los ronquidos de quienes se lo toman con calma y duermen tranquilos, seguros de que pasará solo lo que tenga que pasar. Los lloros de los niños, asustados por el rugir de los aviones y el ruido a veces apagado, a veces ensordecedor, de las explosiones. El sollozo entrecortado de los que temen por su vida y la de sus seres queridos. Los rezos de los creyentes, las maldiciones de los ateos y los gemidos de quienes prefieren apurar los que acaso sean los últimos minutos de su existencia. Nos conocemos desde hace tiempo, éramos vecinos en la paz y somos compañeros en la guerra. En ocasiones se nos une algún desconocido. Pillado por sorpresa en la calle, corre a refugiarse al primer agujero que encuentra. Es así esta noche. Además de los habituales, hay un soldado de ojos azules y rostro adusto, dos hombres que de momento tienen la suerte de pertenecer a una quinta no llamada a filas, y una señora vestida de luto que mordisquea un mendrugo, como un roedor aburrido y molesto. Se verán obligados a dormir abrigados tan solo por su capote o su mantón, y serán los primeros en marchar cuando la sirena avise del foral del peligro. El resto, los acostumbrados a hacer campaña nocturna en la madriguera, hemos ido bajando catres, mantas y velas para hacer más soportables las noches de infierno. En el fondo, nos gusta pasarlas juntos, nos sentimos protegidos y arropados por el infortunio de tantos y ese absurdo consuelo parece darnos fuerza para levantarnos al día siguiente y subir la escalera, dudando si nuestro hogar se mantendrá aún en pie.

Como cada noche, doña Eulogia propone rezar el rosario y me mira con fijeza. Como cada noche, niego con la cabeza, me doy la vuelta en mi catre e imagino su cara de desaprobación. Si llegara a ocurrir lo peor, me considerará culpable por mi desidia, pero hace tiempo que no cuento con Dios para nada y prefiero dudar de su existencia a suponerle la maldad de sometemos a esta vida cotidiana devastada y arruinada. Me cubro la cabeza con las mantas, no quiero

escuchar el runrún de sus santamaríamadrededios, a ellos les tranquiliza, a mí me asusta, me parece cargado de presagios funestos. La señora se acercará a los devotos y se unirá a los rezos, los civiles también, pero el miliciano seguirá fumando apoyado en un pilar, absorto en las manchas de la pared de enfrente. Ha debido de ver demasiadas atrocidades, destila una tristeza de otro mundo como el reino del dios a quien van dirigidos las oraciones. Me giro sigilosa en el catre para evitar atraer la atención de doña Eulogia y sus secuaces, me destapo hasta la mitad de la *cara* y compruebo satisfecha lo acertado de mis especulaciones. El soldado permanece ajeno al coro de ángeles pedigüeños. Le observo sin disimulo. No se parece a Ernesto y sin embargo, la imagen de mi esposo me invade. Otra vez. Ahora y siempre, pienso, por los siglos de los siglos, amén. Sorprende mi mirada que ya no le está dirigida, pero tampoco se aparta de él. Me prendo de sus ojos con descaro y conciencia. Debajo de su aspecto hosco se adivina una dulzura conmovedora y siento el impulso de levantarme y abrazarlo. Me contengo.

Las avemarías se agotan y todos vuelan a sus catres. Algún alma caritativa presta a la visitante una manta raída. Soplan las velas y la noche nos envuelve, el soldado se pierde en la negrura y me arrepiento de haber dado muerte a mi impulso. Entonces él enciende un cigarrillo y me duermo acunada por el vaivén de su rostro alumbrado a segundos por la brasa. Se ilumina, se apaga, se ilumina, se apaga y el sueño me vence.

Despierto sobresaltada. Noto la presencia de alguien en el catre, acostado junto a mí. Ernesto ha vuelto de todos sus frentes, pienso, y el corazón me da un vuelco. Me engaño, lo sé. Pero, durante el breve instante que mi cabeza tarda en vencer a mi anhelo, la euforia me invade. Es el miliciano, adivino. Me abraza por la espalda, hunde su cara en el hueco de mi hombro y se aprieta a mí. Permanezco muy quieta, no quiero asustarlo. Tal vez, si correspondo a sus caricias, al saberse descubierto se aleje de mí. Mi respiración me traiciona. Hace tanto tiempo que no siento una caricia recorriéndome. Imagino a Ernesto y ansío el calor del soldado, sus manos fuertes en mi piel desierta. Desde la marcha de Ernesto, nadie ha transitado los caminos de mi cuerpo y en esta soledad agrandada por la *guerra*, su deseo es un bálsamo. Se ha dado cuenta de que estoy despierta y sin embargo no huye de su atrevimiento. Al contrario, sus manos se tornan más audaces. Se cuelan por debajo del vestido y trepan por mis piernas. Buscan el centro exacto de

mi placer y yo las dejo hacer, impaciente y silenciosa para evitar ser escuchada por los insomnes. También él calla, sus jadeos mueren aprisionados en su boca y mi cuello. Asedia mis calzones, los asalta y los vence para enseñorearse del tesoro oculto: mis nalgas flacas que tantas veces besó Ernesto antes del hambre, cuando aún lucían redondas y llenas. Me asalta un soplo de vergüenza por mi delgadez. Apenas noto la falta de alimentos. El estómago se me cerró de pura tristeza, hace semanas. A él no parece importarle la prominencia de mis huesos y se aferra a mis nalgas como si fueran la única certeza de su naufragio. Su sexo busca el mío, se funden y el calor me invade. Es tan breve y tan intenso. La urgencia de la escasez no alcanza para más. Pero es suficiente. Mi cuerpo se abandona y rompe a llorar. Lloro por esa pérdida que comenzó mucho antes de la guerra y solo me mostró la fiereza de sus garras cuando Ernesto, instantes antes de salir para el frente, me anunció que no iba a regresar. No digas eso, protesté yo, volverás. Pensaré en ti a todas horas y eso te protegerá. No me has entendido, aseguró él. Volveré del frente, sí, pero no a esta casa. El nombre de Ernesto clama por escapar de mi boca. Su traición me duele. Es una de esas bombas que en lugar de estallar afuera, explota en mi interior. El desconsuelo es una sima que me tienta con su negro abrazo. El soldado me estrecha con firmeza, me acaricia el pelo y me llama mi niña. Y yo le agradezco su lenitivo sin preguntas. Y así, acunada por esas dos palabras con categoría de verso, me duermo.

El ruido de los refugiados al levantarse me despierta, una claridad brumosa se cuela por las ventanas. El miliciano ya no está a mi lado. Sentado en el mismo lugar que anoche, me contempla. Su rostro esboza una sonrisa y en su mirada percibo un destello cálido. Recojo con calma el catre, sacudo el colchón, extendiendo las sábanas y las mantas hasta que ninguna arruga las afea. Ahueco la almohada y consigo quedarme la última de esa fila de desarrapados que retorna asustada a su casa. Los rezagados alcanzan el recodo de la escalera, solo entonces camino hacia la salida. El soldado me detiene. Sus ojos azules son dulces, su cara desde esta distancia ya no parece adusta. Me besa, y en ese único beso caben todos los que no nos dimos anoche, mientras nuestros cuerpos se encontraban. Estoy tentada de preguntarle su nombre pero me freno. No quiero ir a buscarlo un día y otro en las listas colgadas en la puerta del Ayuntamiento. Ya lo hice con Ernesto. Hasta que lo encontré y me asaltó un pensamiento horrible, aún conservo en mi

memoria el regusto de la culpa: no quisiste ser mío, tampoco serás de ella. Las lágrimas resbalan de nuevo por mis mejillas, los dedos del soldado recorren el mismo camino y marcan un surco liberador en mi cara. Volveré, dice y me besa apasionado. Sus pasos resuenan fumes en los peldaños.

 Mi casa sigue en pie. Erguida y completa. En el balcón del comedor el geranio ha florecido por fin. Entre el verde asoma, roja y brillante, la primera flor de mi primavera.

Psicoanálisis

Nunca hubiera esperado que aquella mujer acudiese a mi consulta. La reconocí en el mismo instante en que abrí la puerta y, a pesar de su extraordinaria belleza, me produjo una inquietante mezcla de aversión y miedo similar al roce de una cuchilla por las venas. Aun así, como médico no podía desatender los requerimientos de una paciente.

Eva Günther se tendió en el diván cuando se lo indiqué. Su expresión era fría, me calaba el hielo de sus ojos. Deduje que no le habría resultado fácil recurrir a los servicios de un psiquiatra judío.

- Tengo muy buenas referencias de usted -me dijo-, que es discípulo aventajado de Freud.

Yo asentí sin decir nada, aguardando a que ella continuara. Cerró los ojos y el frío desapareció tras los párpados. Fue entonces cuando percibí el sutil olor a perfume. Sus rasgos se fueron destensando como la cuerda de un reloj.

Básicamente, me narró un sueño que se repetía cada noche en su subconsciente con la precisión con que rota el planeta, un sueño que comenzaba como una promesa de lujuria y cuyo desenlace le infligía una angustia profunda, que la despertaba en medio de la oscuridad con el corazón palpitando y un baño de sudor. Me describía en estos sueños el encuentro con un desconocido al que era incapaz de ponerle rostro; sólo podía detallar su elevada estatura. El hombre comenzaba a desvestirla pausadamente dejando que sus ropas gravitaran en un susurro. Luego la acariciaba entre los muslos con una suave pluma de ave mientras le lamía unos pezones endurecidos encendiéndole hasta tal punto el deseo que ella, arrebatada, lo desnudaba exigiéndole con la mirada que la amara con urgencia, tomando posesivamente su pene con la mano. A partir de ese momento el sueño se oscurecía como si hubieran echado el telón en el escenario de un teatro, impidiéndole adivinar nada más allá salvo esa angustia grumosa que la embadurnaba y la certeza de alguna tragedia aún por descubrir.

Eva Günther abrió los ojos. El hielo se había derretido en un reguero de súplica.

- ¿Qué significado puede tener, doctor? Estoy preocupada.

- Desde cuándo tiene este sueño.

- Hace aproximadamente un mes, noche tras noche. Una vez que despierto me resulta imposible dormir.

Desentrañar el significado de un sueño es como arrancar las capas de una cebolla, desnudar la mente hasta alcanzar las vivencias enterradas en el subconsciente. Estaba claro que con una sola sesión no podía diagnosticar la causa de su inquietud, así que la cité para la semana siguiente. Recuerdo que mi cabeza rozó levemente el dintel de la puerta cuando la despedí.

Aquella fue una época amarga. Eran tiempos de ceniza y tristeza, de nazis y traidores. Austria había sido anexionada por Alemania con la connivencia de nuestros gobernantes y ahora sus tropas trillaban las calles de Viena con botas impregnadas de sangre. Malos vientos para los judíos. Sopesaba la posibilidad de abandonar la ciudad antes de que fuera tarde, como ya había hecho mi mentor Sigmund Freud. Fue caminando por la *Ringstrasse* cuando me topé de frente con un uniforme de las SS con distintivo de teniente coronel. Agarrada al brazo de Erik Günther, su esposa Eva esquivó mi mirada cuando nos cruzamos. Aquel hijo de puta ya había alcanzado triste fama en la ciudad. Si yo no hubiese sido un cobarde lo habría estrangulado allí mismo.

Los días siguientes rememoré con frecuencia las bellas facciones arias de Eva Günther. Sin tener claro el motivo aguardé con cierta impaciencia la fecha de su próxima cita, dudando que regresara a mi consulta. Me equivoqué. Apareció con puntualidad teutónica dejando tras de sí el rastro inconfundible de su perfume. No tuve que indicarle nada, con actitud arrogante ocupó el diván y volvió a cerrar los ojos para repetirme el mismo sueño, el que la visitaba insolentemente cada noche lubricándole la vagina y abocándola después a un final incierto y tenebroso. Como detalle, añadió que la noche anterior comprobó que su amante desconocido presentaba una herida en la mano izquierda

- ¿Ha sido infiel alguna vez a su marido? -le pregunté a la búsqueda de algún oculto sentimiento de culpa.

- ¿Cómo se atreve?

- Soy su psiquiatra, debo conocerla a fondo para desvelar el origen de su sueño. Eva relajó su actitud indignada. Luego, contesté con un hilo de voz.

- Jamás le he engañado. No me atrevería.

Antes de finalizar la sesión, me acerqué al escritorio y le receté con mi pluma unas pastillas para conciliar el sueño.

- ¿La espero la semana que viene?

No contestó. Dejó resbalar su mirada por mi rostro y se marchó con su porte altanero. Dos días después, mientras abría la correspondencia con la mente vagabundeando por los contornos seductores de Eva Günther, el abrecartas escapó clavándose profundamente en mi mano, una herida que requirió varios puntos de sutura.

Ahora recuerdo aquellos años como cubiertos de una nieve sucia y pestilente. Tuve que haberme marchado a tiempo, como Freud, pero aquella mujer enigmática se convirtió en imán y fui incapaz de eludir su atracción. En las siguientes sesiones intenté indagar en su infancia, en sus más retorcidos pensamientos, sin encontrar mucha colaboración por su parte ya que prefería recrearse en las escenas eróticas de su sueño y en la interrogación de su desenlace, soslayando los detalles de su vida. Progresivamente iba incorporando elementos del extraño individuo que la seducía, aparecían como cuentagotas en sus noches terribles en la cama que compartía con el monstruo de las SS, como si fuese construyendo un puzzle que poco a poco revela la imagen. En la penúltima cita comentó que vestía un traje verde de lana y que, al desnudarlo, descubrió en su pecho una mancha de nacimiento ovalada. Yo la miré asombrado y me removí inquieto.

El último día con Eva Güther manché mi traje gris con un manotazo torpe a la taza, de café. Tuve que cambiarme y recurrir al traje verde de lana que nunca usaba. Cuando ella entró en la consulta no se dirigió al diván, se plantó a un palmo de mí. Yo sabía lo que iba a decirme.

- Anoche pude ver el rostro de mi amante.

Era mi paciente, no debí hacerlo, maldita sea, no debí, pero lo hice, hipnotizado o predestinado a formar parte de una locura onírica. La desvestí pausadamente dejando que sus ropas cayeran en un susurro, la acaricié entre los muslos con la pluma de ave de mi escritorio, lamí sus pezones enhiestos mientras ella me despojaba de mis ropas y palpaba la mancha ovalada sobre mi pecho. "Tómame", me dijo atrapando mi pene con una de sus manos y recostándose sobre el diván. Entonces sentí el terror hincando sus urnas en mi

estómago. Habíamos representado el sueño y ahí finalizaba, sólo restaba su oculta resolución, la que atemorizaba a Eva cada noche. En mi interior se activó un mecanismo que pareció programado con antelación y que anuló por completo mi voluntad. Ya sentía el calor vaginal de Eva, sus jadeos, cuando comprendí que estaba haciéndole el amor a la esposa de un criminal de las SS, el que había comenzado a asolar la población judía de Viena. No era yo, puedo asegurarlo, era como si el sueño estuviera desplegándose en su totalidad sin que pudiera resistirme. Cerqué con mis manos el cuello de cisne de Eva Günther, y apreté, apreté con desesperación arrancándole el último hálito de vida a sus ojos horrorizados. Cuando recuperé el control de mis actos, la bella yacía desnuda y muerta en el diván de una sórdida consulta de psiquiatra.

Hoy rememoro aquellos hechos con una mezcla de asombro y pavor, también arrepentimiento, aunque fuera el destino el que impuso su voluntad. Tuve fortuna, pude huir de Viena a punto de que el reloj de arena agotara sus últimos granos y me establecí en Londres a tiempo de abrazar a mi querido mentor antes de que el cáncer se lo llevara. Cuando le conté lo sucedido, Freud sonrió con tristeza y me dijo: "Son los riesgos del psicoanálisis. Yo también descubrí que a veces lo oculto en el subconsciente puede ser más real que lo que percibimos con los sentidos".

Sigo dedicado en cuerpo y alma a mi profesión, establecido en esta ciudad de nieblas que se ha convertido en mi hogar, inapetente por regresar a una Viena que tantos recuerdos ásperos almacena. Eso sí, cuando algún paciente me consulta el significado de algún sueño que se vuelve reiterativo en las noches, me excuso diciéndole que esos casos no son mi especialidad y lo remito a algún colega de renombrado prestigio.